

LECCIÓN 7.ª EL HECHO ESCATOLOGICO PERSONAL

1. Las dos etapas de la escatología individual

Ya hemos afirmado y demostrado que la esperanza cristiana radica en la resurrección de los muertos. Es inadmisibles la definición teológica que se refiere al «estado intermedio» —entre la muerte y la resurrección— como «el estado de término», por cuanto no es ésta la meta hacia la cual conduce Dios a sus redimidos.

Tampoco es correcto, por otro lado, el hablar de la resurrección como de la «fase única», bíblicamente hablando. En realidad, el hecho escatológico personal se despliega en dos etapas y abarca dos experiencias que, no obstante, van enlazadas por el mismo hilo conductor del Espíritu Santo vivificador y regenerador.

2. Vida e inmortalidad por el evangelio

Por medio de la muerte y resurrección de Cristo la muerte perdió su poder absoluto. Su soberanía, que algunos pueden tener por indiscutible, ha sido negada por Dios, quien ha proclamado, no la soberanía de la muerte, sino la de la vida inmortal, hecha posible gracias al Evangelio (2.ª Tim. 1:10). Es cierto que la muerte no ha sido todavía retirada del escenario; ella será el último enemigo que será destruido (1.ª Cor. 15:26; Apoc. 20:13); pero, por eso mismo, la última palabra no la dirá la muerte, sino el Señor Jesús. Cuando el Señor nos restituya un «cuerpo espiritual» (soma pneumatikón) en la regeneración del día postrero, la muerte habrá desaparecido definitivamente del escenario de la vida. Con todo, ¡ya ahora! la muerte es «nuestra», es decir, está bajo nuestro dominio (1.ª Cor. 3:21, 22), en el sentido de que, si estamos en Cristo, debe haber perdido todo su terror. Más aún, sabemos que al fin quedará totalmente destruido su poder: «¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón?» (1.ª Cor. 15:55).

3. Cuerpo y creación

Nuestro cuerpo forma parte de la Creación material de Dios y, con ella, «gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora, y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Rom. 8:22. 23).

Es interesante observar el doble contraste y paralelismo que existe entre este pasaje y Santiago 1:15, antes comentado. En Santiago la muerte se nos presenta como contenida en el pecado, al igual que una criatura en el vientre de su madre, y presta a salir a la luz. En Romanos es el Espíritu vivificador el que pugna por abrirse paso en una creación «sujeta a vanidad, no por su propia voluntad», y gime, empleando el mismo símil (comp- con el vers. 26), con dolores de parto hasta que dé a luz y se consuma la redención de todo lo creado y, por consiguiente, también de nuestro cuerpo.

Mientras tanto, en un mundo hostil, que hace la guerra a Dios, nuestro cuerpo vive una doble experiencia que le mantiene en tensión: participa de la muerte de Cristo «que llevamos por todas partes», pero también de su «vida» que se manifiesta a través nuestro (2.ª Cor. 4:10; Col. 1:24).

La paradoja del momento presente para el cristiano ha sido definida por O. Cullmann como el «ya y todavía no», en el sentido de que el Reino de Dios ha llegado ya con Cristo, pero su plena manifestación y consumación pertenecen al futuro. Y de esta tensión participa el creyente, no sólo aquí en vida, sino en la muerte y hasta el día de la resurrección, pues antes de llegar al estado definitivo de la resurrección final, el cristiano pasa por la condición intermedia que, si bien no es la definitiva, está claramente enseñada en las Escrituras y bien diferenciada del concepto platónico (aunque en demasiadas ocasiones hayan sido confundidas).

Este estado intermedio es algo así como un compás de espera, la etapa de un camino en expectación del pleno cumplimiento de los propósitos de Dios en orden a la redención final.

4. Lo que sobrevive a la muerte física

Por lo que respecta a los creyentes —los que han depositado su confianza en Cristo y se hallan unidos a El mediante una fe viva, personal y auténtica—, éstos sobreviven a la muerte y se hallan en una condición que:

A) Es un estar en Cristo: «si el vivir en la carne —dice Pablo— resutia para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo dáseos de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:22, 23; 2.ª Cor-5:1-10). La muerte física no nos puede separar de Cristo (Rom. 8:38). Cristo, Señor de los muertos y de los vivos, está siempre con su pueblo (Rom. 14:9). «Ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él» (1.ª Tes. 5:10). «Sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Rom. 14:8).

B) Es como un sueño. El estado en que viven los hijos de Dios —entre el instante de su muerte física y el día de la Resurrección— queda apuntado (es decir, implícitamente declarado, más bien que explícitamente definido) de la siguiente manera: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con Jesús a los que durmieron en él» (1.ª Tes. 4:13. 14. Cf. I.ª Cor. 15:51, 52).

Ph. H. Menoud señala que la expresión «los que duermen» no da pie para construir, a partir de ella, toda una psicología de los difuntos;²¹ pero sí que permite —juntamente con las demás expresiones sinónimas que designan el estado intermedio— concebir esa situación como una comunión plena con Cristo, mucho más perfecta e íntima que la que es dable en la vida terrestre ahora. De manera que, al morir, el creyente en Cristo pasa a la presencia del Señor por medio de su núcleo personal, en el que su conciencia perdura: el alma, o componente espiritual de su personalidad. Tal situación, no obstante, queda calificada como «dormición», no por falta de conciencia, sino para designar su transitoriedad y su temporalidad.²²

C) Es asimismo como una experiencia de desnudez, al hallarse el alma privada del cuerpo (2.ª Cor. 5:1 ss.). No obstante, el cristiano recibe las arras del Espíritu Santo, que quitan a la desnudez su terror y su anormalidad, en espera del día en que «lo mortal sea absorbido por la vida».

«El estado de los muertos —escribe Cullmann²³— sigue siendo un estado de desnudez, imperfecto, como dice S. Pablo: de dormición, en la espera de la resurrección de toda la Creación, de la resurrección de los cuerpos» (V. Heb. 11:39-40).

D) Es un estado de tensión escatológica. Así nos lo describe el Apocalipsis (6:9, 10) al introducirnos en la presencia del Señor: «Cuando abrió el quinto setio, oí bajo el oír las almas de los que habían muerto por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y CLAMABAN A GRAN VOZ, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, - santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre...?»

La descripción que se nos hace de la morada de las almas —«bajo el altar»— nos habla de la proximidad en que viven con respecto a Dios, y de la comunión con Cristo, de la cual disfrutaban ya, pero, al mismo tiempo, su clamor delata la tensión escatológica que soportan. De ahí que Cullmann asegure que, en la espera del «Día de Yahveh», los muertos se hallan todavía en el tiempo. Sea como sea, la situación de transitoriedad y de falta de plenitud queda reflejada en el clamor de los redimidos aguardando el gran día final.

Y destaquemos que la esperanza, tanto de Pablo en la tierra (2.ª Cor. 5:10) como de los santos en el cielo (Apoc. 6:10), apunta al momento final del drama de la historia y de la salvación: al juicio de Dios, que las Escrituras presentan siempre como lo inmediatamente posterior a la resurrección final.

5. La supervivencia, estado sobrenatural

Ahora queremos destacar que la pervivencia después de la muerte es asimismo un estado sobrenatural." He aquí un punto que debemos subrayar. La doctrina platónica de la inmortalidad del alma considera el sobrevivir como una virtud propia, natural, del alma. En el Nuevo Testamento, sin embargo, la pervivencia no tiene nada de natural; es el fruto de la unión con el Espíritu Santo (Ef. 1:13, 14). «El Espíritu Santo —escribe Cullmann también²⁵— es un don que no se puede perder al morir.» Aún más, es la fuerza regeneradora que nos acompaña y nos mantiene, después de la muerte física, vivos para con Dios en Cristo. Es una pervivencia sobrenatural, producida por la unión con el Espíritu Santo. Por eso, no se trata de aquella situación de conciencia atenuada que se daba en el sheol hebreo, pues aun siendo un estado imperfecto y temporal, representa una auténtica comunión con Cristo por la acción de su Espíritu en nosotros, desde que creímos.

NOTAS:

21. Véase Ph. H. Menoud. *Le sort des trépassés*, pp. 77 y ss.

22. Por algo a los lugares de enterramiento de los creyentes les llamó desde la Antigüedad «cementerios», que en griego significa «dormitorios». Minucio Félix, en su *Octavio*, dice bellamente: «Los cuerpos en el sepulcro son como los árboles en invierno: ocultan su verdor bajo una ficticia aridez» (*Rouet de Journal*, n.º 272).

23. O. c., pp. 73, 77.

24. La teología católico-romana tradicional la llama «preternatural».

25. o. c., p.75